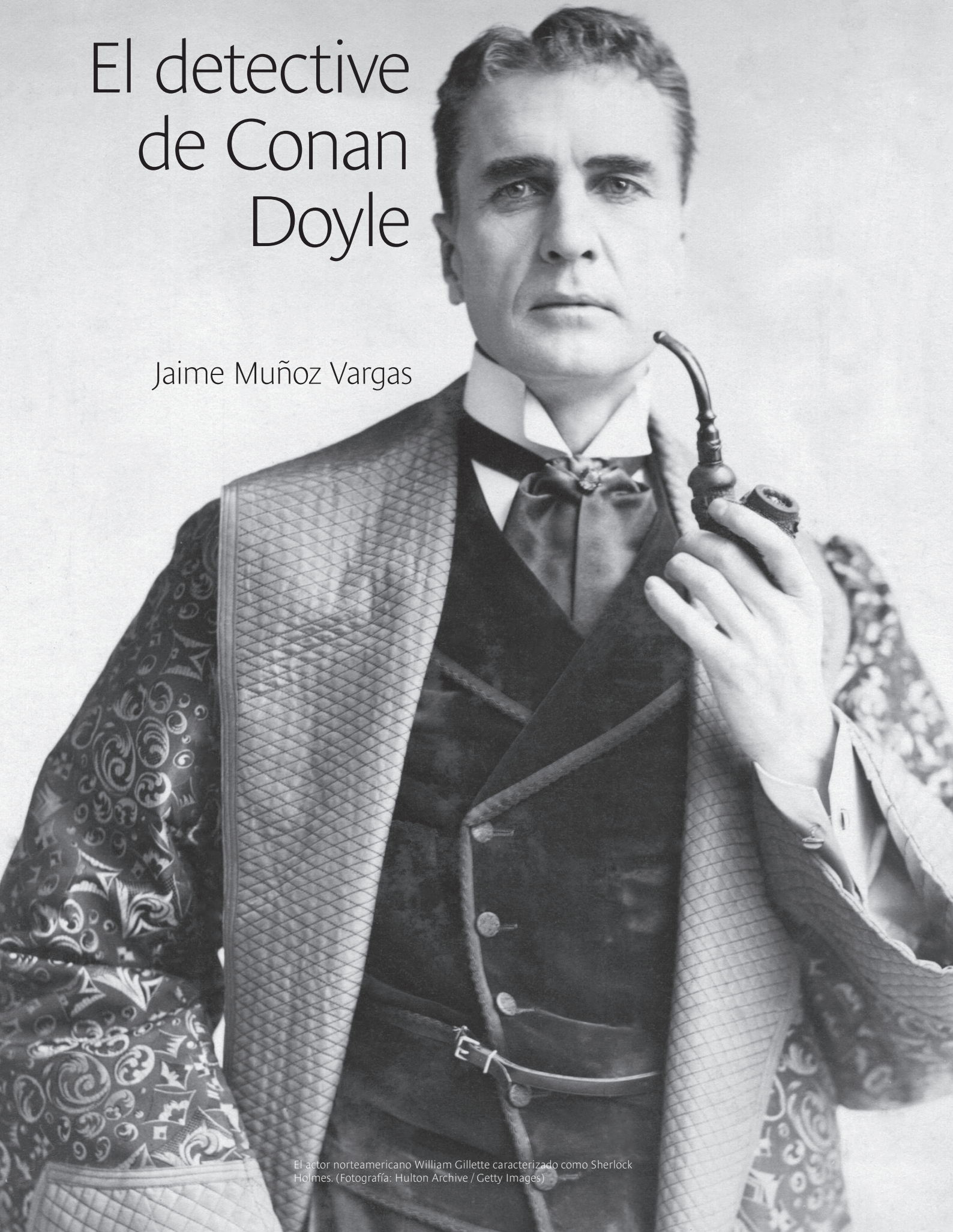
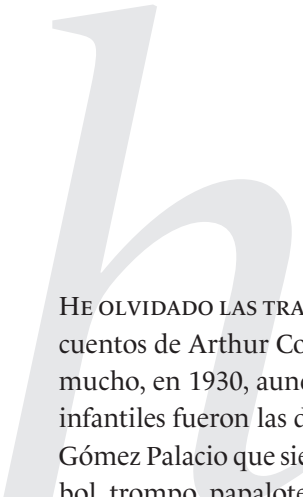


El detective de Conan Doyle

Jaime Muñoz Vargas



El actor norteamericano William Gillette caracterizado como Sherlock Holmes. (Fotografía: Hulton Archive / Getty Images)



HE OLVIDADO LAS TRAMAS, PERO NO LA RACIONAL EMOCIÓN que me transmitieron los cuentos de Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, quien murió hace mucho, en 1930, aunque su personaje sigue vivo y conjeturando. Mis diversiones infantiles fueron las de cualquier niño sin letras de la provincia mexicana, de aquel Gómez Palacio que siempre ha sido muy soleado pero literariamente gris. Jugaba fútbol, trompo, papalotes y con amigos conversaba sobre películas y luchadores. Tuve la suerte de vivir a media cuadra del cine Elba, así que todos los domingos iba a la fabulosa función de matiné que ofrecía tres películas a precio de risa. Todo esto lo digo por una razón: en mi infancia no hubo hermanos Grimm, ni Salgari, ni Verne, ni Defoe. Los libros me fueron llegando un poco tarde, casi al salir de la adolescencia. Lo que leí, pues, de literatura “infantil”, la literatura que según se sabe leían todos los niños en la época en la que supuestamente los niños sí leían, no pude tenerlo a la vista sino hasta que ya me había cambiado la voz, en el trance de emigrar hacia la prepa.

Al leer biografías o entrevistas de los grandes escritores sentí el bochorno de no haber trabado contacto, como ellos, con los autores que escribían sobre aventuras, sobre viajes, sobre exploraciones fabulosas y sobre audaces lances. Fue por eso que, con rezago, solo y con las puras malditas uñas de la intuición, compré poco a poco todo clásico “infantil” —entrecomillo infantil porque en el fondo no lo era tanto— que me cerraba el ojito en las librerías. La colección Sepan cuantos... de Porrúa fue, en tal caso, la benemérita serie que le permitió a mis flacos bolsillos obtener todo el acervo que tal vez hizo falta en mi niñez como complemento de lúdicas vagancias y estudios entre la muchedumbre de alumnos que sobrepoblaba (sobrepoblábamos) las aulas de la primaria Presidente López Mateos ubicada en la colonia Santa Rosa de la comarca lagunera.

Hoy, con Internet a la mano, cualquiera puede “bajar” a Conan Doyle o a quien sea, pero en aquella época todavía lentísima uno debía buscar libros como quien busca pepitas de oro en el desierto. Fue así como a principios de los ochenta di con las aventuras de Sherlock Holmes. Porrúa tiene, si no recuerdo mal, tres o cuatro

racimos de cuentos que casi corresponden a los que reunió Conan Doyle mientras vivió. En estricto sentido se trata de dos libros, el 341 y 345 de la serie, el primero prologado —quién mejor que ella— por mi paisana duranguense María Elvira Bermúdez. En ambos títulos, como digo, el editor mexicano arracimó cuentos que en su origen compusieron varios libros del escritor edimburgués.

Sin más brújula ingresé entonces a los relatos protagonizados por el famoso detective, y, para mi asombro, fueron un ramalazo de alegría. He olvidado, como dije, el hilo exacto de las historias, los detalles, pero no el regusto general que me comunicaron y que sobrevive a todo flagelo del tiempo. Recuerdo que acompañar a Sherlock Holmes en el proceso de investigación, de conjetura y de resolución de enigmas fue una lección de cuidado con el zurcido argumental en un género que siempre demanda cálculo, preconcepción de la trama. En aquellos imberbes años, algo me decía que los cuentos de Conan Doyle no podían ser escritos con la fórmula de la escritura automática, sino que era necesario trazar un plan de ataque a la trama antes de llegar al proceso de escritura. Conan Doyle me enseñó (lo aprendí mal, pero él lo enseñó bien) a ocultar detalles, o a *ocultar mostrando*, que es lo difícil en el caso del relato detectivesco, a colocar adrede piezas que parezcan obvias, a manipular los delitos para que la explicación caiga al final como una piedra en el agua, por pura lógica.

No he vuelto a leerlo con aquella intensidad, pero cada vez que conjeturo algo más o menos detectivesco recuerdo los procedimientos de Holmes. En el fondo, lo que enseña el viejo Sir, y lo enseña fundamentalmente, creo, a los jóvenes, es a advertir que todo es comunicación, que incluso los detalles más insignificantes nos envían mensajes. Las palabras, los gestos, la orientación de unas manchas, la ropa, el silencio, una colilla de cigarro, todo emite signos descifrables a partir del razonamiento deductivo. A 130 años de nacido, Sherlock Holmes puede seguir siendo para los jóvenes un buen maestro de lógica. Para mí, sin quererlo, fue el mejor en esa asignatura.

Lo fue también, claro, August Dupin, el investigador primigenio creado por Poe y en el que esencialmente se basaron todos los demás sabuesos de su índole, pero fue Holmes quien me permitió notar más claramente los engranes del razonamiento lógico. A diferencia del escritor norteamericano, que en sus arrebatos románticos intrincaba las tramas hasta hacerlas laberínticas, algo pesadillescas, Conan Doyle operó con un sistema aerodinámico, despejado, o como se diría hoy, así sea con precavidas cursivas, *minimalista*: su investigador es un hombre sosegado, racional en extremo, desapasionado, ajeno a cualquier exaltación del ánimo, comprometido sólo con la verdad que las pistas le deparan tras una minuciosa investigación. Vive de manera frugal y trabaja en lo que trabaja por amor al despejamiento de incógnitas, no al dinero. Se codea además con Watson, otro tipo sencillo, también adicto al esclarecimiento de misterios, pero evidentemente menos dotado para resolver los casos que llegan al ya legendario reducto del 221B de Baker Street. El ejercicio de la conjetura se da entonces al margen de sobresaltos sanguinolentos, sin otra herramienta que no sea la de la inteligencia.

Una inquietud me rondó durante mucho tiempo: ¿por qué fue Sherlock Holmes quien se impuso como suma y espejo entre todos los detectives que en la literatura han sido? ¿Por qué son su gorra de doble visera, su abrigo de solapa amplia y su lupa los elementos que sintetizan todo lo detectivesco? Recuerdo, para ayudarme a responder, una afirmación de Borges sobre Quevedo. Decía el autor de *Ficciones* que todo gran escritor necesitaba, para perdurar, de la creación de un símbolo. Daba el ejemplo, si la memoria no me defrauda, de Cervantes, quien desde el punto de vista técnico no es mejor escritor que Quevedo, pero dio con un símbolo que luego le sirvió para encumbrarlo: el del caballero andante, epítome de idealismo. Igual, o parecidamente, obraron Dante con su infierno, Shakespeare con el amor imposible de RyJ, o más cerca en el tiempo Kafka con el repentino escarabajo y Rulfo con el cacique enamorado de Susana San Juan. Conan Doyle dio con Sherlock Holmes, lo convirtió en un

personaje-tipo bien definido en la totalidad de sus rasgos. Después, claro, la iconografía colaboró con su parte hasta cuajar al detective de detectives que ya es, desde hace mucho y para siempre, mascarón de proa en la historia del género policial.

Ahora bien, no es suficiente con amonedar —este verbo le gustaba a Borges— el susodicho símbolo. Conan Doyle supo que necesitaba historias que mezclaran la sencillez y la complejidad en dosis delicadamente parejas, exactas. En el engranaje de los cuentos más que en los textos de mayor envergadura, sospecho, es más visible el procedimiento, un procedimiento algo mecánico, es cierto, pero siempre eficaz al menos para un lector, el de finales del siglo XIX, no habituado aún a las estratagemas del relato policial: alguien llega a la guarida de Holmes y desde allí comienza la investigación. El detective no pierde tiempo, y esto fascina a los lectores. Desde que el cliente en apuros cruza la puerta, Sherlock comienza el peritaje: la ropa y los gestos del visitante emiten los primeros mensajes, y el investigador los anota en su mente mientras deja que el cliente hable. Viene entonces la exposición del problema, el izamiento de la incógnita. Holmes hace preguntas *ad hoc*, inmediatamente ceñidas al asunto atañadero al cliente. Luego de formarse el primer esquema de la situación, Holmes promete investigar y deja que el personaje-palanca se vaya. Es allí cuando, por lo regular, explica a Watson sus impresiones iniciales: la ropa, la gestualidad y las palabras del cliente devienen inmediatas pistas, y eso que Holmes todavía no ha salido de sus cuatro paredes. Al sumar las peripecias de la investigación, el maestro de la deducción va hilando fino hasta llegar a lo que desea con un procedimiento que enlaza acciones en las que no interviene el azar, sino la racionalidad pura del detective, esto es, que no va a una casa, que no hace una pregunta o que no observa un detalle porque la casualidad lo puso allí, sino deliberadamente, con plena conciencia de lo que necesita. En otras palabras, el personaje protagónico de Conan Doyle construye el mecano de cada investigación a partir de un perfecto y controlado engarzamiento de pistas que Holmes prefigura, busca y suma o descarta.

La repetición de este asombroso método, por más mecánico que pueda ser o parecer, fue lo que me subyugó cuando fui joven y leí por primera vez las aventuras de Sherlock Holmes. No creo exagerar cuando me digo que los cuentos que he leído de otros escritores y considero perfectos, algo, aunque sea un poco, le adeudan a sir Arthur Conan Doyle. ■■